

Andresillo

¡Santo Dios! ¡Qué vió Andresillo al salir á la puerta de su casa, que le hizo sorberse la pieza que silbaba y abrir sus ojazos de tal manera que parecía le iban á comer toda la cara?

—Han cogido á Cholo!—gritó; y quitándose la gorrilla echó á correr con todas sus fuerzas.

Pero todo fué en vano. Las amenazas y las súplicas de Andresillo no pudieron conmover á aquel mal hombre, á aquel aborrecido *Tigrilla* que se alejaba por la media calle, arrastrando al pobre perro que lo seguía resistiéndose. Era inútil que se afirmara en sus patas traseras ó que ladrara desesperadamente; el sogueador de perros tiraba de él con crueldad y lo obligaba á seguirlo. El niño habría seguido corriendo tras su perro que le arrebataban, si un *policia* no lo hubiera detenido.

Un rapazuelo, camarada de Andrés, se acercó y le dijo: debes apurarte á ir por tu perro porque si no lo matan; yo creo que aguardan tres días no más.

El muchacho volvió á su casa paso á paso. Algunas personas pasaron á su lado sin fijarse en la pequeña figura que con los labios apretados, la gorri-lla caída de un lado y las manos metidas en las bolsas de los minúsculos calzones, caminaba restregándose contra las paredes. ¡Y cuánta amargura había en ese corazón de siete años!

El habría preguntado al policia que cómo hacía para que le devolviesen su perro y aquél le contestó que tendría que pagar once colones. ¿Qué hacer? De dónde tomaría él once colones? Uno *líquido* era todo lo que sonaba entre su alcancía. ¡Qué tonto había sido! Antes pensaba que tener un colón significaba poseer mucha plata y ahora comprendía que tal cantidad es una miseria. ¡Once colones! ¡Cuánto dinero! ¿A quién pedirlo? A su padre ni para qué pensar! El y todos los de casa, acabando por la cocinera, bien aborrecido tenían al pobre cholito. Pero, ¿por qué no lo querían? Ciertamente que á veces era tan goloso el maldito! *Esa*

era la cosa. Pero también si era goloso era porque se quedaba con hambre. Ahora, ¿por qué decían todos que Cholo es feo? Tan tristes que tiene los ojos y luego aquella monada de cola, una colilla chonca que le luce tanto!

Andrés sollozó. Le pareció que al entrar á su casa le salía á recibir la pequeña figurilla negra de su can, flaca, vivaracha, poniendo tiesas las orejas á cada movimiento.

Metióse tras una puerta y apoyó la frente en la pared. Oía el ruido de los platos al colocarlos en la mesa, pero él no sentía ganas de almorzar ¡qué iba á sentir con el gran nudo que tenía atravesado en la garganta...! Su madre lo llamó.

Arrastrando los pies se acercó al comedor.

—Levanta esos pies, hijo—habló la madre.—¿No te enseñan en la escuela á caminar?

—¿Qué le pasa á este señor?—dijo el padre al verlo entrar con la cara baja y los ojos enrojecidos.

—No quiero almorzar—fué lo que replicó Andrés.

—¿Que no quieres? ¿Por qué? ¿Te castigaron en la escuela? Ya sabes que á mí no se me habla de no querer comer.

—Es que soguearon.....á *Cholo*—murmuró, y en su pequeña cara se notó el esfuerzo que hacía por no llorar.

El padre rió y los hermanos mayores hicieron coro. Andrés sintió deseos de arañarlos.

—Gracias á Dios, hijo, no sabes cuánto me alegro; tu madre se contentará más aun. Ya ese perro nos tenía aburridos con sus robos y sus fechorías.

—Ayer no más, se llevó las dos libras de lomo, agregó toda consternada la mamá.

Para qué alegar nada? Bastante conocía Andrés lo mal querido que era Cholo en su familia.

Las barbaridades que tenía hechas! A su hermana Merceditas le había estropeado aquel par de zapatillas blan-